

del esta-
uy poca
ares que
el Rey
con.
noticia,
ucimos,
coronel
quiendo,
ado, en
ren, las
into al
a Alba-
autoría
dienta de
id.
ado con-
unda los
uerto de
500 indí-
de Cuba.
de San
Santiago
ballería
sebastian
mujeres,
entarán
entero á
ue sean
ciende
al.
85; Ban-
duanas,
Jordan. — Zamora, señora viuda
de Escobar; y en todas las prin-
tales farmacia y droguerías de
España y del extranjero.
NQUIOS
MAGO
GIGA
CAS
ABE
AS
E.A.
IQUEL
R
MOY.
03
IONEDA
s, libros,
s existen-
cipal de la
núm. 67.
DES.
es, núm. 68
alecida en
Centro de
ay venta.
lateria de
s tantos
concepción
a Bar-
sidad á
núm. 20.
y ofrece,
arroquia-
ndantísi-
ates y co-
tamaños
20.
do pedía

LIBERTAD

PARA TODAS LAS OPINIONES.

Los Lunes de El Liberal.

DIRECTOR, DON ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

NO SE DEVUELVEN
LOS ORIGINALES.

22 DE SETIEMBRE DE 1879.

Madrid.

A José Fernandez Bremas.

Mi querido Pepe. La ingratitude de los hom-
bres políticos ha proporcionado a los lectores
de EL LIBERAL tus tres preciosas crónicas. ¿Qué
tiene que ver la ingratitude política con la redac-
ción de semejantes artículos, dirán algunos,
tal vez. Tiene, y mucho; porque de haber resul-
tado cierta la noticia que hace poco tiempo
circuló por la prensa de haber sido tú designa-
do para un gobierno de provincia, hubieras de-
jado de ser cronista de la vida social de Ma-
drid, y serías gobernador... Hubieran perdido
mucho, pues, los lectores de EL LIBERAL... y el
país. ¿El país también? Si; cualquiera gobierna
como nuestros gobernadores; pero nadi escri-
be como el cronista de La Ilustración Española
y Americana.

Por dicha yo puedo tranquilizar a los aman-
tes de la literatura. Tú necesitas vivir de tu
pluma, y el gobierno no se ha de acordar de tí.
Toda tu vida has trabajado silenciosamente
por las ideas que yo me permito llamar reac-
cionarias y que tú te limitas a llamar conser-
vadoras. En la época de la revolución fustiga-
ste con audacia el rostro de la terrible Medusa
en célebres publicaciones; no quisiste seguir
mis consejos; no transijiste... Hazte revolucio-
nario—te decía yo—de esa manera podrás con-
tinuar entre los tuyos... Y en efecto, ya lo ves,
tu talento, tus convicciones, tu entusiasmo, tu
indomable entereza, solo han servido para de-
jarte en heroico aislamiento. Si hoy se acor-
dasen de tí los que sin tí quizás no hubiesen
llegado al poder, se escandalizarían segu-
mente tus correligionarios... Las deudas de la
política son como todas las deudas: cuanto
mas antiguas se hacen, mas repugnancia cues-
ta pagarlas.

Pero esta cuestión, dado tu carácter, es eno-
josa y vas a incomodarte conmigo si continúo
disertando sobre la complexion moral de los
hombres políticos, que en todos los países y en
todas las épocas han sido iguales; y puesto que
la falta de acontecimientos importantes de ac-
tualidad lo permite, consagraré hoy el espacio
de mi revista a recoger algunas alusiones que
has hecho en varias ocasiones y artículos tuyos
sobre los cazadores en general y mi afición
a la caza en particular... Para mí, el tema es
del momento, porque durante cuatro semanas
he pertenecido a mi escopeta y a mi perro.

No creas que voy a protestar contra los in-
geniosos argumentos y epigramas que has in-
ventado en vituperio de los cazadores. Son sin
duda funestos no sólo para los animales del
campo, de los bosques y de los aires, sino para
sus prójimos. Es raro el cazador que no ha ob-
sequiado a un compañero o a un espectador de
sus proezas con una perdigonada. Si bien una
nación en que los naturales son aficionados a
la caza es de suyo belicosa é incontestable, eso
mismo se opone a su civilización y progreso,
porque sólo se civilizan y progresan aquellas
naciones que son conquistadas.

La caza es, quien lo duda, una profesión ó un
recreo crueles y bárbaros. Por esto mismo ha
sido considerada siempre como ocupación no-
bilísima.

Es la afición mas cara y mas ruinosa. Si se
calcula lo que a cualquier aficionado de Madrid
le cuesta cada pieza que mata, se verá que no
le importa menos de cinco duros. Yo conozco
algunos cazadores de estos, que los domingos
tirotean los conejos en un vedado a quienes
la media docena de gazapos que matan en la
temporada, les cuestan seis mil reales. Solo es
comparable la violencia de la pasión por la
caza con la del amor; pero hay una diferencia:
la afición a la caza se agiganta satisfaciéndose,
y el amor se consume en el logro del deseo. De
aquí el que la caza sea para el aficionado sin
riquezas, madre de todos los vicios, por ser
madre de la ociosidad. Por la escopeta se deja
todo; el trabajo, los negocios, la novia, la espo-
sa, los hijos. La escopeta es la verdadera que-
rida del cazador; solo puede disputarla este ca-
riño el perro.

Lamartine tenía un perro, y en el collar de
ese perro hizo grabar estas palabras... La
martine me pertenece. Los cazadores también
pertenecen a sus perros. Estos son, permitá-
seme la frase, los verdaderos cabezas de fami-
lia. Se les guarda todo género de consideracio-
nes, se les mimas y se ajusta el método, ó mas
bien el desorden de la casa a sus necesidades
físicas y morales... dentro de la casa del cazador
es un animal tan sagrado como los elefan-
tes blancos en Annam, aunque en la calle los
"caricarios del municipio" le esperen con la morci-
lla... Si teneis que pedir algun destino a un
hombre de Estado, cazador, sobornado a su
perro. Las mujeres son enemigas del perro:
porque en un solo hogar no pueden existir dos
despotismos. La esposa no se atreve, sin em-
bargo, a luchar de frente, por decirlo así; y
busca é inventa pretextos para rebajar la figu-
ra moral de su adversario, y demostrar su in-
compatibilidad con la familia. El perro aparece
responsable de toda perturbación ocurrida en
el domicilio. Un amigo mio insigne cazador,
llegó a su casa una tarde, después de la oficina,
y entró en el tocador de su mujer. Grande
fue su sorpresa al encontrar caídos sobre la
alfombra unos lentes... ¿De quien son estos
lentes? preguntó; y su mujer le dijo con mucha
tranquilidad:—¡del perro!

He aquí el mas grave inconveniente que tie-
ne el cazador, socialmente considerado. No es
buen esposo, porque su principal recreo está
fuera y lejos de su casa y de su familia, aban-
donando así a la compañera de su vida a las
vicisitudes de estos abandonos sistemáticos.
El cazador para merecer este nombre, no
sólo necesita una complexion física vigorosa,
buena vista, oído fino; paciencia en las contra-
riedades y trabajos de su áspera vida; serenidad
en los azares y peligros; conocimientos del
campo que explore y de los animales que per-
segue; todo esto es nada si no es soltero. Es de
cir, si no es libre, independiente, y dueño abso-
luto de entregarse a su pasión. Por eso el ver-

dadero cazador no se casa, y si se casa, reme-
dia en lo posible esta grave falta; se divorcia.
Convento, pues, en que debe poco la moral al
cazador, especialmente en las grandes pobla-
ciones.

Algunos creen que el cazador está enamora-
do de la Naturaleza. Tampoco es cierto. Para el
cazador el campo, el monte, el valle son indife-
rentes, como lo son para el cómico las decora-
ciones con que ha de representar una obra dra-
mática. Ama el campo porque en él hay caza.
Prefiere una mata de helecho a un cedro del
Libano, porque en aquella puede ocultarse al-
guna liebre ó perdiz y en las ramas de éste solo
hay sublime poesía. Explora el terreno con
ojos codiciosos y escudriña sus pliegues y re-
pliegues sin fijarse en los horizontes, en los es-
pléndidos contrastes de luz y sombra, en las
armonías de color del cielo: toda su alma la
lleva en los ojos; y los ojos puestos en la cola de
su perro, que le advierte con sus inquietudes
el rastro, la proximidad ó la presencia de la
caza; y que le revela de este modo sus pensa-
mientos... Los perros piensan con el rabo.—
Solo cuando rendido él y su fiel compañero por
la fatiga y la sed se sienta bajo un árbol jun-
to a un manantial de agua dulce y clara, con-
templa, admira y bendice los maravillosos en-
cantos de la Naturaleza y aspira con agradeci-
miento los olores de tomillo, romero, salvia,
serpol y laurel con que ella voluptuosamente
se perfuma.

Ya ves, mi querido Pepe, que soy justo y que
te doy la razón... El hombre civilizado debe ig-
norar cómo muere cualquiera ser viviente.
Venga la muerte disfrazada de manjar apetito-
so y caiga la sangre de la inocencia sobre el
delantal del cocinero.

Si considerado el cazador de escopeta y perro
a la luz de la filosofía es un ser funesto, ¿qué te
diré del cazador de reclamo?... Una sola vez he
cazado con jaula: aquella vez sentí los gozos
horribles de la traición, y confieso que son vi-
lentísimos: sólo el cazador de perdiz con recla-
mo ha sondeado los negros abismos del cora-
zon del hombre: no quise cazar mas: la ley
me amparaba; pero desde entonces me consi-
dero, moralmente, en presidio.

Acaso, después de haber leído estas líneas,
encuentres contradicción entre mis ideas y mi
conducta. No tal: después de haber dado a la
razón su parte, le doy a la Naturaleza la suya.
Soy digno de mi siglo; como tú sabes, los hom-
bres del siglo XIX se diferencian de los hom-
bres de otros, ya pasados, en que reconocen
los principios de la moral, de la razón y de la
justicia, que no reconocieron ellos; pero sin in-
currir todavía en la exageración de practi-
carlos.

Y no le hables a un cazador de renunciar a
este ejercicio. Quiero terminar esta carta con-
tándole una anécdota que demuestra que la
afición de la caza prescinde de todo género de
consideraciones. Dos amigos cazan juntos. Uno
de ellos dispara a un conejo; su compañero le
grita:—¡Bárbaro! ¡me ha metido todos los per-
digones en las polizas!

—Pero—dice con acento de vivísimo interés
el agresor—los perdigones han atravesado el
cuerpo?—No por fortuna—le contesta el otro
para tranquilizarle.

—Ya decía yo—exclama entonces su amigo,
con indignación—¡ya decía yo que la pólvora de
los cartuchos era mala!

Adios... y gracias.

En lunático.

Noticias bibliográficas.

DICCIONARIO GENERAL DE ARQUITECTURA E INGENIERÍA
por D. Pelagio Clairac y Sams. — En publicación. —
Madrid: Zaragoza y Jaime, impresores.

Solo el propósito de escribir una obra de esta
naturaleza es un propósito laudable, y cuando
se lleva a cabo consagrándose todo el estudio,
toda la meditación y cuantos esfuerzos intelec-
tuales y materiales exige, no deben regatearse
elogios a quien lo concibió y lo ejecutó. El pen-
samiento del Sr. Clairac es vastísimo; el señor
Saavedra, cuya competencia para declararlo no
admite dudas, afirma que viene a satisfacer
una necesidad sentida por cuantos cultivan las
artes de la construcción; la crítica profesional
—y a su dictamen nos atenemos—juzga de una
manera favorable el desempeño de la tarea que
se impuso, en el cual ganará fama de docto tra-
tadista.

Como escritor, digno es también de alabanza.
La parte publicada del DICCIONARIO que hasta
ahora conocemos, está concienzudamente he-
cha. El Sr. Clairac enriquece con gran número
de definiciones las voces de su DICCIONARIO, que
ha ido reuniendo tras profusos estudios, ya con-
fiado a la autoridad del uso, pero del uso de las
personas peritas en las artes de la construc-
ción y no extrañas a la del bien hablar; ya con-
sultando gran número de obras antiguas para
restaurar palabras de castizo origen que nun-
ca debieron caer en desuso; ya, por último, ver-
tiendo a nuestro idioma del tecnicismo de otras
lenguas las que carecen de equivalente en la de
Castilla.

Muestra el Sr. Clairac en este trabajo tanta
diligencia como esmero y respeto a las reglas
que son ley de nuestro idioma. Justifica sus de-
finiciones con la autoridad de gran número de
escritores y publicistas, las enriquece dando
las equivalencias en francés, inglés é italiano de
las palabras explicadas, y las ilustra con
pequeños grabados que representan los objetos
definidos en el texto. El Sr. Saavedra encomia,
con justicia, en el prólogo que ha escrito para
el libro que anunciamos, ese procedimiento
usado con ventaja por Webster en su Diccio-
nario de la lengua inglés, y por los autores de las
Enciclopedias británica é italiana que en la ac-
tualidad se publican en Londres y Roma.

Los conocimientos relativos al arte de la cons-
trucción abarcan, según el Sr. Clairac, las si-
guientes materias, que constituyen el vasto
cuadro de su DICCIONARIO DE ARQUITECTURA E IN-
GENIERIA: agrime-sura, topografía, gnomónica,
mecánica, meteorología, hidrografía, telegrafía,
geografía física, dibujo, iconología, albanilería,
carpintería, carpintería, herrería, cerrajería, ho-

jalatería, vidriería, pintura, arquitectura, ma-
quinaria, carreteras, ferro-carriles, canales,
puertos, faros, fortificación, marina y minería.

El DICCIONARIO está bien impreso, en caracté-
res elzevianos. Los grabados son, en general,
bastante buenos.

Pared por medio, poema de Ricardo Blanco Asenjo. —
Segunda edición. — Un vol. de págs. — Madrid: im-
prensa de M. G. Hernandez; 1879.

Con extraordinario éxito leyó en una de las
amenas veladas literarias del Ateneo de Madrid
este lindo poema el Sr. Blanco Asenjo, durante
la primavera última. El éxito fué merecido; hay
en el poema inspiración y sentimiento; su pos-
ter canto es delicadísimo y en algunos de los
anteriores revela el Sr. Blanco cualidades di-
po-ta dramático que aseguran un buen resul-
tado a sus producciones teatrales. La versifi-
cación de Pared por medio es fácil, espontánea
y vigorosa; pero algo incorrecta. El Sr. Blanco,
todavía joven, es uno de los literatos contem-
poráneos mas modestos, sobre cuyo porvenir
es posible acariciar sin miedo de equivocarse,
lisonjeras esperanzas. Tiene gran cultura, fe-
lices dotes y actividad innegable y podrá llegar
mucho mas lejos de lo que ha vaticinado la crí-
tica, que no fué siempre con el benévola.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

Emilio Mario.

Durante todo el invierno pasado, al dar las
cuatro de la tarde, hora en que terminaban los
ensayos del teatro de la Comedia, Emilio Mario
y yo salíamos cogidos del brazo y emprendía-
mos el mismo invariable camino.

Por la calle de la Gorguera a la de la Cruz,
Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle
de la Montera y calle de Hortaleza.

Al fin de esta última está el colegio de San
Antonio Abad, que sabiamente dirigen los pa-
dres escolapios; y en ese colegio íbamos a visi-
tar al hijo primogénito de Mario, que nos espe-
raba jugando en el patio, donde doscientos mu-
chachos saltaban y corrían sin miedo al frío, ó
en el gimnasio donde los mas endebles fortale-
cían su salud con ejercicios musculares.

Por el camino, Mario y yo discutíamos sobre
su trabajo ó el mio, calculábamos la manera
mejor de sostener lo que en la jerga de basti-
dores se llama el calor del teatro, y mas de una
tarde, al salir del colegio donde él había abra-
zado a su hijo, y yo pensaba en llevar pronto a
los míos, nos hacíamos esta pregunta, que era
el resumen de muchos años de amistad inva-
riable.

—¿Somos nosotros aquellos de marras?
Efectivamente, nunca con mas propiedad pue-
de aplicarse la conocida frase:

—¿Cuántum mutatus ab illo!

De todos los contemporáneos cuya vida ínti-
ma me he propuesto dar a conocer a grandes
rasgos, ninguno mas íntimo que este actor, a
quien mis obras dramáticas deben tanto, y al
que profeso tan entrañable cariño.

Mario no se llama Mario; mejor dicho, Mario
no es un apellido.

Se llama Mario Emilio Lopez; pero Lopez le
pareció a Egulaz un apellido vulgar para la
escena, cuando vió al joven sargento de cara-
bineros decidido a abrazar la carrera del tea-
tro; y a cambio de un ajuste, le exigió que tro-
cara el nombre en apellido.

Porque Mario, ese Mario a quien veis vesti-
do de fraz y corbata blanca haciendo con tanta
soltura nuestras modernas comedias de cos-
tumbres, ese Mario de hoy ha sido ayer cara-
binero.

Hijo y nieto de militares, su abuelo murió en
los campos de Bailén. Su padre era oficial en el
regimiento de España. Emilio fué carabinero;
pero su afición no le llevaba a la milicia, y des-
de muy niño comenzó a hacer comedias en el
teatro llamado de Leganillos, por estar situado
al fin de aquella calle. Era aquella una socie-
dad de aficionados en la que comenzaron tam-
bién a darse a conocer Antonio Zamora y la
sin igual Pepita Hijosa.

Soldado y cómico de afición, logró entrar en
la dirección de Carabineros en vez de hacer ser-
vicio, no tanto por descansar de las tareas del
cuartel, como por ser a la vez empleado militar
y actor de afición. El año 54 entró como alum-
no en el Conservatorio. Fué su maestro el gran
Luna, que le desalentó cuanto pudo y Dios se lo
perdone. —Nunca serás actor! le decía constan-
temente, y en dos años que le tuvo a su lado
no cesó de disuadirle de su empeño. —Dedícate
a otra cosa, muchacho,—exclamaba—no tienes
madera de actor, te lo aseguro.

Guzman opinaba todo lo contrario y le pro-
metió que había de salir muy pronto al teatro
y había de ser aplaudido en él muy de veras.
No se engañaba el gran cómico de este siglo.
En el año de 56 se propuso presentar al público
del teatro Español seis criaturas a representar
una loa con motivo de una fiesta patriótica, y
en efecto, el público recibió a todos bien y en
todos vió esperanzas para la escena.

Cuatro de aquellos actores nacientes eran
Olona, Manini, Zamora y Mario.

De los cuatro, solo Mario ha llegado al fin de
su carrera sin vacilaciones ni alteración alguna
en el favor del público.

Zamora, con su carácter novelesco y desor-
denado ha descuidado siempre sus notabilí-
simas facultades, naciendo vida de caballero y
disfrutando del mundo alegremente.

Olona tuvo un fin trágico. Se casó. Rico y
práctico, vive a todo confort en el seno de una
familia cariñosa, y todas las tardes le podes
ver a caballo en paseo, gordo y colorado,
fuerte y robusto y vendiendo salud, conjunto
extraño de cazador y de banquero. ¡Aquel Olo-
na, que era el encanto del público y el galán de
las espectadoras!

Manini ahorró los hábitos de actor y se dedi-
có a la música en cuerpo y alma. Recorrió la
Italia, cantó el repertorio de Verdi ó de Bellini,
volvió a la patria, se reconcilió con Talía y ahí
está otra vez diciendo versos al lado del mismo
Mario, con quien comenzó a decirlos antaño.
Mario, impertérrito, constante, empeñado en
ser, lo logró. Se hizo actor a fuerza de disgu-
ses. Si el genio es la paciencia, Mario es un gé-

nio. Observando al público, corrigiéndose a sí
mismo, estudiando a solas, este actor lo debe
todo a sí. ¿Se quiso vengar de Luna? Indudable-
mente está vengado.

Egulaz y Olona el viejo, como llamaban en
los teatros al padre del actor de quien he ha-
blado, eran co-empresarios del teatro Español,
y ajustaron a Mario después de haberle visto
hacer en el Instituto una comedia de Narciso
Serra.

Narciso Serra era cómico entonces; cómica
fatal, deplorable, que, al revés de Mario, dejó
el teatro por las armas convencido de que na
servía para el caso. Serra era poeta sobre todo,
y entre gritas y hambres había escrito El que-
rer y el rascar, que fué como el embrión de su
Don Tomás. Esta fué la comedia que Egulaz
les vió representar a Mario y a Serra. ¿Quiera
Vd. ser actor? le dijo Diego Luque a Mario.—
El cuento es, respondió éste, que yo soy mili-
tar y no puedo dedicarme al teatro.

Se calculó el tiempo que le faltaba para cum-
plir; Egulaz sacó un permiso para que el sol-
dado pudiera trabajar, y Mario se ajustó en 33
reales diarios, haciendo su primera salida con
la mismísima pieza de Narciso Serra.

Era entonces Mario lo que se llama un guapa
muchacho. Nada tenía de particular, pues, que
viera en aventuras, y que con la sangre viva y
las manos largas, se diera de cuchilladas con
alguien y tuviera que salir de Madrid de prisá
y corriendo, dejando ajuste, teatro y porvenir,
y adelante con los faroles.

Pero tenía un amigo muy íntimo; un actor
cuya pérdida nunca lloraremos bastante públi-
ca y autores. Este actor, que se llamaba Fernando
Ossorio, era ya el ídolo del público, Mario apre-
ndió a su lado mas que en diez años de conserva-
torio, y se ligó con él de tal manera, que fueron
como suele decirse, una y carne. Ossorio se lo
llevó a Alicante después de la tremolina, le
ajustó como segundo galán y juntos hicieron
comedias y diabluras aquel y otro año, vol-
viendo de nuevo a Madrid donde fueron aplau-
didos todo un invierno.

Ya Julian Romea había fijado su atención en
Mario y le distinguía; y es menester haber co-
nocido a Romea en su vida íntima para saber
lo que significaba entre los actores todos, la
distinción de aquel coloso a determinadas per-
sonas.

Ser preferido por Julian era tener asegurado
el porvenir. Era como la influencia en la políti-
ca. Era hacer su camino por el atajo; y Mario
desde el año de 59 comenzó a ser en el gremio
actor de Julian, como decían ellos, y seguirle a
todas partes. El verano de aquel año a Cádiz;
el invierno siguiente a Sevilla; y desde el subsi-
guiente de 61 en que Romea asintió sus reales
en el teatro de Variedades, ya Mario no se se-
paró de él ni un momento.

Murió Cajo, que era el primer actor cómico
de aquel diminuto teatro donde tantas glorias
alcanzaron Romea, Florencio, la Hijosa, la
Berrobianco y Mario, y quedó éste definitiva-
mente ocupando el lugar primero en el género
cómico.

¿Qué temporadas aquellas! Un público esco-
gido, si no muy numeroso, acudía todas las no-
ches a oír las obras del repertorio de Romea,
que ya no volverán a ser ejecutadas como en-
tonces. El gran actor empresario rendía allí
culto al arte en perjuicio de su bolsillo, y si al
comenzar la sinfonía entraba el representante
y le decía que el público no había acudido al
teatro, solía decir con la soberbia del genio.
—¡Peor para él! Y hacia su comedia delante de
doscientos espectadores con el mismo entusias-
mo que si hubieran sido tres mil.

Allí había las inolvidables Semanas de Mora-
tín en que Romea cambiaba de papeles a su
gusto y hacia cada noche uno distinto de la
misma comedia, probando que todos los domi-
naba. Allí renacieron los sainetes de D. Ramon
de la Cruz, en los que Mario comenzó a ser po-
pular, y a dejar el eco de su nombre en todos
los oídos. Allí, en fin, hemos visto la ovación
mayor que haya podido obtener cómico alguno,
cuando después de una enfermedad larga y pe-
nosa volvió a aparecer Romea en escena para
hacer la famosa comedia de Ventura de la
Vega.

Murió el gran actor y se dispersó la compa-
ña. Mario propuso entonces a Gaztambide,
empresario a la sazón de Jovellanos, la forma-
ción de una compañía de verso. Desde aquel
año, Mario fué a la vez galán y marido. Su vida
varió por completo. Se había unido a una mujer
angelical después de un noviazgo de nueve años,
y ya no pensó sino en agrandar su reputación
y su bolsillo.

El año 70 fué a la Habana con el gran Valero
y la inolvidable Taóhora. El 71 vuelve a España
con algunos ahorros. El 72 torna a la isla de
Cuba convertido ya en empresario. Gran época
de sus triunfos, uno de los cuales fué caracte-
rizar de tal modo al personaje de una comedia
que el público creyó ver en escena a determina-
da persona. Vuelve a la patria y reaparece en
la escena del teatro Español. Trabaja un año
en Valladolid, y allí concibe y madura la idea
de fundar un teatro esencialmente cómico,
que abre sus puertas el 75, y es enseguida el
teatro de moda.

Tal es el actor. ¿Queréis conocer al hombre?
Pues el hombre es por naturaleza emprendedor,
calmoso en los negocios, esclavo de los deta-
lles. Es religioso hasta la exageración. No em-
pezará obra nueva sin santiguarse dos ó tres
veces. El carácter es indeciso, necesita consul-
tarlo todo; enérgico en los ensayos, conciliador
en la compañía, metódico en la vida privada.
En su juventud hizo siempre dos cosas bien.
El amor y las carambolas.

Este es Mario, en fin, nuestro galán cómico
aplaudidísimo, y nuestro empresario afortunado
do hasta tal extremo, que como le escribimos
en cierta ocasión, para tí ¡oh Mario! todos los
empresarios son Sías!

EUSEBIO BLASCO.

La Atmósfera.

Todo cuanto vive sobre la tierra, desde el hombre hasta
el infusorio, desde la modesta yerba de los prados hasta
los gigantescos árboles de los bosques; todo cuanto existe

en los aires y en las aguas, desde el ave hasta los peces que pueblan los abismos de los mares, ha sido formado por la Atmósfera, por esta divinidad misteriosa objeto en todo tiempo de los profundos estudios de filósofos ilustres, y de la ardiente inspiración de poetas inmortales.

Manantial inagotable de vida, nos circunda, gaseosa y trasparente, por todas partes; por ella vivimos, por ella nos movemos y en ella estamos; retiene con ardiente amor en su inmenso seno el calor que el sol nos envía; conserva a nuestro planeta la temperatura normal que necesita para sostener el aparato gigantesco de su energía vital; anuncia el día con los arreboles de la aurora, y nos envuelve en las sombras de la noche con los últimos débiles resplandores del crepúsculo; forma el granizo, lanza el rayo, enciende en sus altas regiones los fuegos divinos de las auroras boreales e inflama las estrellas fugaces, estas piedras cósmicas que traen a la tierra, de los abismos del espacio, las sustancias químicas de los cuerpos celestes; nos da la primavera con sus flores y el invierno con sus nieves; y en ella, en fin, se verifican otros fenómenos sorprendentes, desde la ligera y hermosa nebulosa que flota en los aires reflejando las dulces tintas del sol poniente, hasta el huracán desolador que arranca los árboles y destruye las ciudades.

Compañera inseparable de la tierra, nos sigue eternamente, con cariñoso solicitud, en nuestra carrera vertiginosa alrededor del sol, participa de nuestra suerte, y tendrá el mismo destino que nos pueda caber en la Creación. Ejerciendo constantemente su poderosa acción en el trabajo de la vida orgánica de nuestro globo, penetra por todas partes, lo mismo por los intersticios de los terrenos y las fisuras de las rocas, que en las aguas; lo mismo en el delicado tejido de los vegetales, que en el complicado organismo del cuerpo humano; y, utilizando la luz y el calor solar, todo lo sostiene y vivifica, siendo bajo este punto de vista la personificación del mito de Prometeo, pues roba al cielo sus fulgores y el principio de la vida para animar la tierra.

Todos los movimientos de la Atmósfera, todas las fuerzas que se desarrollan en su agitado seno, reconocen por causa la propiedad inherente a todos los gases de dilatarse por el calor. La influencia calorífica del sol eleva en torno nuestro capas de distintas densidades, que se sustituyen según las leyes del calorífico, el cual no se pierde nunca; se conserva íntegro en el vapor de agua, en el estado que los físicos llaman latente, y a este vapor de agua se debe que nuestro globo no tenga una temperatura abrasadora. Así el aire está en una circulación continua. Calentado por los rayos solares en el Ecuador, se eleva a las regiones superiores, desciende luego y llega a los polos; en estas mansiones heladas se enfría, vuelve al Ecuador, después a los polos, y así sigue sin interrupción su marcha eterna.

Con arreglo a este principio y en virtud de los descubrimientos meteorológicos recientes, se sabe la cantidad de calorífico que se cambia anualmente entre las regiones ecuatoriales, polares y templadas. La superficie en que se verifica la transformación del agua en vapor se estima en 70 millones de millas geográficas cuadradas, y la masa de agua evaporada en 721 billones de metros cúbicos... Así, pues, el apoyo agradable de la brisa, las nubes que flotan sobre nuestras cabezas afectando figuras caprichosas, las lluvias que fertilizan los campos, las gotas de rocío que esmaltan las hojas de las flores, la caída majestuosa e imponente de las cataratas del Niágara, los manantiales de salud, conocidos bajo el nombre de fuentes medicinales, que existen en todos los países y que la Naturaleza, con tanta prodigalidad ha hecho brotar en nuestra patria, el desarrollo de los vegetales, la nieve que corona la frente de los Alpes, las nieblas, la fuerza destructora de los huracanes, todo este conjunto monstruoso, todo este vasto mecanismo, reconoce por causa la potencia calorífica de los rayos solares acumulados en el inmenso laboratorio de nuestra Atmósfera.

Qué admirable solidaridad existe entre todas las cosas en la Naturaleza! Nada se pierde, nada se destruye. Todo viene del aire y todo vuelve a él. ha dicho el eminente químico francés Mr. Dumas. Y en efecto, el ácido carbónico, que exhala la hulla de nuestras locomotoras y de nuestras máquinas, ha formado parte de la Atmósfera, y a ella vuelve, merced a la industria, después de haber estado separados millones de años. Del mismo modo las aguas de los ríos que bañan extensas comarcas, y que tantos beneficios dispensan a la industria moderna, han formado parte también de la Atmósfera en estado de vapor; desde allí han caído sobre la Tierra en forma de lluvia bienhechora, y siguiendo una ley eterna de la Naturaleza, vuelven otra vez al depósito común, al Océano, de donde han salido, para sufrir de nuevo las mismas transformaciones. De este modo se distribuye el calor en la Atmósfera, se forman las nubes, caen las lluvias sobre los sedientos campos, y se sostiene la vida terrestre. La fuerza que en estas funciones desarrolla la Atmósfera, representa el trabajo colosal de millones de caballos.

La Atmósfera, además, es el agente de la combustión, el vehículo del sonido y del lenguaje, el espléndido y fantástico mundo de los colores y de los meteoros. Las propiedades del aire son verdaderamente prodigiosas. Como toda materia es un fluido pesado, y al mismo tiempo es invisible e incoloro; pero si miramos un objeto cualquiera distante, la coloración del aire se hace perceptible. Lo mismo sucede con el agua. Vista en pequeñas cantidades parece sin color; mas si se mira una masa de alguna profundidad como la del mar, la de un lago o la de un río, se observa un color verdoso o azulado. De la misma manera, cuando dirigimos nuestras miradas a las colinas lejanas en un claro día, aparecen bañadas con una suave tinta azulada; tinta que procede, no del color del cielo como cree generalmente el vulgo, guiándose siempre por las apariencias, sino del color del aire interpuesto entre ellas y nosotros.



La Tierra en el espacio, circundada por la Atmósfera. El globo terrestre. A altura de la capa de aire o Atmósfera.

La Atmósfera, pues, es la causa de estos fenómenos. Si está envuelto aérea no existiese, no solo no luciría el hermoso color de esmalte que toma el cielo por la reflexión de los rayos azules, sino que no aparecería la bóveda celeste que rodea a la tierra como una capota inmensa. El cielo, triste y tenebroso, se extendería por todas partes como un manto negro, en el cual, de día y de noche, a todas horas, aparecerían las estrellas como chispas de fuego. Los poetas y encantadores juegos de luz que ofrecen los crepúsculos matutinos y vespertinos, no existirían; la noche seguiría bruscamente a la puesta del sol, y al amanecer este luminar en el horizonte, sería de súbito de día claro. El clima de la tierra sería, por esta razón, excesivo y mortífero: las regiones expuestas a la acción de los rayos solares, tendrían una temperatura superior a la del agua hirviendo; y las que estuviesen a la sombra de las montañas, sufrirían un frío más intenso que el de los polos; y para que nada faltase a este cuadro desolador y sombrío, ningún ruido, ningún sonido despertaría los ecos de este mundo sepultado en eterno silencio.

Infinitos son, realmente, los beneficios que nos dispensa esta capa gaseosa; pero, ¿hasta qué distancia se eleva sobre la superficie de la tierra? Kepler fue el primero que intentó medir ópticamente la altura de la Atmósfera, estudiando la duración de los crepúsculos; y los físicos modernos, que adoptando este método la han medido, creen que se puede calcular su elevación en 60 kilómetros, o poco más o menos; en 1/100 del radio de la tierra. Mas allá de este límite debe haber un aire sumamente enrarecido o muy tenue, y a una altura mas considerable no debe existir otra cosa que el vacío, mansion suprema de los astros.

Los antiguos creían que el aire era uno de los cuatro elementos (agua, tierra, aire y fuego); pero como la química moderna ha descubierto que es elemento o cuerpo simple todo aquel que no es susceptible de descomponerse por los medios analíticos de que hoy dispone la ciencia, resulta que la creencia de los antiguos era errónea, por cuanto la Atmósfera se halla compuesta de una mezcla de oxígeno y nitrógeno, conteniendo de 100 partes en volumen, 21 de oxígeno y 79 de nitrógeno; de ácido carbónico en pequeña cantidad, en 1.000 volúmenes de aire, 4 de ácido carbónico; de vapor de agua en proporciones variables según las estaciones y las localidades, y en particular las imperceptibles de sustancias animales y vegetales.

Muchos filósofos de la antigüedad, y Epicuro especialmente, admitían como un hecho la materialidad del aire; pero la mayor parte, siguiendo la autoridad de Aristóteles, la negaban en absoluto. Hoy, merced a las determinaciones físicas y mecánicas que se han hecho, se puede calcular el peso total de la atmósfera en 5.000 billones de kilogramos, y según Dumas puede representarse esta masa enorme de gases por 531.000 cubos de cobre de 1.000 metros de lado cada uno. Bajo este Océano gaseoso nos movemos sobre la tierra, y como la presión atmosférica es de 1 kilogramo y 33 gramos por centímetro cuadrado, y la superficie del cuerpo de un hombre de estatura regular es de 15.000 centímetros cuadrados, ó metro y medio cuadrado, resulta que cada cual soporta sobre sus hombros el peso colosal de 15.500 kilogramos. Si esta enorme presión no nos aplasta, es porque la experimentamos en todas direcciones y su acción se neutraliza. El peso del aire atmosférico, a pesar de ser tan considerable, es, no obstante, la millonésima parte del peso de la tierra, pues esta a causa de su inmenso volumen de 1.053.000 millones de kilómetros cúbicos, y de su densidad 5 1/2 veces mayor que la del agua destilada a la temperatura de 4° sobre cero, pesa 5 cuatrillones, 875.000 trillones de kilogramos.

En la Atmósfera las sustancias se transforman, se condensan y se precipitan en virtud de leyes invariables; en todas partes conserva la misma esencial composición química, ora se la analice en el valle, ora en la cima de la montaña; es la causa generadora, como hemos visto, de toda actividad y de todo desarrollo; la base fundamental de nuestra existencia; el lazo de amor que une a todos los seres entre sí, y la sustancia creadora, en fin, que nos proporciona, por medio de la respiración, las tres cuartas partes de nuestro alimento, y por su acción constante hace que nuestra sangre renueve sin cesar sus propiedades vitales.

Si por algún accidente fortuito desapareciera alguna vez la Atmósfera terrestre, hombres, animales y plantas dejarían de existir; y los mares, los lagos y los ríos se secarían por completo, dejando sus orillas vacías, sembradas a inmensos sepulcros. La tierra entonces, convertida en un desierto desolado y triste, circularía como siempre sobre su eje y alrededor del sol; pero silenciosa y estéril como la luna, envuelta en el sudario de la muerte...

J. GENARO MONTI.

El Pozo amargo.

(TRADICION TOLEDANA.)

Hay en Toledo una calle en cuesta empinadísima que, arrancando de la Plaza de la Ciudad, frente a las Casas Consistoriales, va a terminar en la orilla derecha del Tajo. Como todas las de la población, es sombría, y solo de cuando en cuando viene el sol a animarla con sus rayos vivificantes.

Hacia la mitad de esta calle, y en medio de una pequeña plazuela, había, hasta hace muy pocos meses, un ancho pozo de brocal de piedra cubierto con una tapa de madera verde, que le daba nombre; un nombre sinisastro que viene desde hace siglos confirmado por una porción de generaciones. La calle se llama todavía, y se llamará Dios sabe hasta cuándo, la Bajada del Pozo Amargo.

Desde el primer día en que mis pasos me llevaron por esta parte de Toledo llamé mi atención este nombre algo fatídico, y muchas veces desde entonces vine a este mismo lugar antes de que el pozo desapareciera, y pasé horas enteras absorto en su contemplación, sentado en su brocal a la luz melancólica del astro de la noche.

Para mí no había duda. Allí había misterio; con aquel lugar estaba enlazado un acontecimiento de esos que no mencionan la historia; que la tradición escrita no recoge; y que viven y se conservan grabados con caracteres indelebiles en la imaginación del pueblo que hace de ellos sus recuerdos mas queridos e inviolables.

Y mi sospecha resultó cierta. Hallábame una noche sentado en el brocal del pozo, cuando vi aparecer en el extremo de una calleja inmediata, una vieja que con paso tardado se dirigía hacia la plazuela en que yo estaba, sosteniendo con trémula mano una pequeña linterna que la evitaba dar un resbalón. Cuando entró en el sitio en que ya pudo verme, alzó de pronto la cabeza, y murmurando un «Dios me valga» y dejando caer al suelo su linterna, huyó desparpavida.

A la noche siguiente, y próximamente a la misma hora, volvió a aparecer la viejecita, pero ya no se asustó. Por el contrario, se acercó a mí, y contestó a mi saludo diciendo:

—¡Buen susto me dió Vd. anoche, caballero!

—¿Yo, señora? le pregunté con asombro.

—¡Usted mismo, si señor. Al verle de pronto sentado en el mismo lugar que el otro, el miedo sin duda me hizo ver dos personas donde solo había una, y me pareció distinguirla a ella también.

—El otro... Ella... No la entiendo a Vd.

—¿Cómo, no sabe Vd.?

Yo moví negativamente la cabeza y pregunté:

—¿Quién es el otro?

—¿Que quién es el otro? Un señor muy buen mozo y muy guapo, pero muy pálido y muy triste, que antiguamente venía todas las noches a sentarse en el brocal de este mismo pozo. Y ella una hermosa joven, vestida como dicen que se visten las mujeres de los judíos, que siempre le estaba esperando arrodillada, aquí donde estoy yo.

—¿Y sabe Vd. su historia?

—¡Ya lo creo! En mis mocedades era muy común en Toledo y tolo el mundo la sabia, pero todo lo antiguo, que es lo bueno, se pierde, y hoy no se acuerda nadie de ella.

—Yo, en cambio, tendría mucho gusto en saberla, y si Vd. quisiera...

—¡Ya se ve que quiero! Por fortuna la noche no está fría y podemos hablar aquí mismo.

Se sentó a mi lado, y empezó así:

—Hubo un tiempo en España en que no era la religión de Cristo la única profesada entre nosotros; por el contrario, aunque la seguía todo el pueblo español, no era la dominante. Los moros gobernaban como señores, y aunque dejaban a nuestros padres, los cristianos, que vivían con ellos, que adorasen a Dios como quisieran, también es verdad que hacían lo mismo con los judíos que seguían negando la venida de Jesucristo, como la niegan hoy y como la negaban cuando vivía en su seno prediciéndoles su doctrina.

En Toledo había muchos judíos, y como odiaban a los cristianos tanto o mas que los moros, de aquí que nuestros pobres padres tuvieran que salir mil y mil desprecios de unos y otros. Sin embargo, su desgracia, y las humillaciones que sufrieron, conmovieron mas de una vez el sensible corazón de algunas doncellas moras o judías, y la misma Iglesia ha santificado en Santa Casilda, a la hija de un rey moro de nombre envejecido, venerada hoy en los altares como patrona de nuestra ciudad.

En aquel tiempo, pues, y con semejantes ideas, y en

este mismo sitio que no era una plazuela como lo es hoy, sino una magnífica casa con un gran jardín que ocupaba todo el espacio que ahora llenan las casas inmediatas, vivía un rico judío al cuidado de una hija única, buena y hermosa como un ángel, si es posible que un ángel se parezca a una judía. Grande era el amor que la profesaba, y en todas partes, siempre que se hablaba de padres que tuvieran puestos en su hija los cinco sentidos, su nombre era el primero que se solía pronunciar; pero aun era mas grande el odio que tenía a los cristianos mirándolos como a enemigos irreconciliables de su fé.

Tranquila se deslizada su existencia alegrada por el amor de aquella hija única, su codiciado tesoro, cuando hé aquí que un día, uno de sus amigos, tan tonto y fanático como el mismo, llevándole en secreto a la habitación mas escondida de la casa, le denunció, pálido de ira, un hecho que hizo afluir toda la sangre a su cabeza. Su hija, la niña tan querida, tan mimada, que constituía su solo bien, su única esperanza, inspirada por algún espíritu enemigo de Jehová, había dado su amor a uno de aquellos cristianos tan aborrecidos. Un rugido de cólera se escapó de su pecho al oír la triste noticia, y deseó convenirse de la verdad de la denuncia para arrancar el corazón del hombre que así le robaba el apoyo de su vejez, y arrojarlo a los pies de aquella hija desnaturalizada.

Pero cuanto y advertido, quiso enterarse ante todo, obtener la prueba aterradora que poder lanzar como una maldición sobre la frente de su hija, y la prueba no se hizo esperar. Aquella misma noche fingió acostarse como de costumbre, y quedó oculto tras una ventana que daba al jardín, y desde allí, temblando de indignación, vió a un hombre, con traje cristiano, saltar las tapias de la casa, y salir a poco su hija de sus habitaciones para reunirse al enamorado caballero.

Nunca se le hizo mas largo el tiempo transcurrido en inventar planes horribles que dieran una satisfacción a su odio implacable y un desagravio a sus exageradas creencias religiosas. Hubiera deseado saltar al jardín, sorprendiendo a los dos amantes, matarlos y vengar de ese modo el fin de todas sus esperanzas; pero rechazó este pensamiento. Temió que las dos almas, rompiendo al par la vestidura carnal que las cubría, volasen a la vez a una misma morada de la mansion eterna, y para evitar esto, moderó su ardiente furor, su impetuoso violento, y dejó para la noche siguiente el logro de sus ideas criminales.

Nada dijo a su hija durante el día.

Mantúvose en su cuarto desde que despuntó el alba, y esperó con viva ansiedad la venida de la noche.

Y en efecto, apenas llegó esta, que fue bastante oscura, dejó sus habitaciones, tomó de su mesa un magnífico puñal de hoja toledana y puño primorosamente cincelado; y bajando al jardín, se ocultó entre la maleza bajo los frondosos árboles que le escondían por completo con sus ramas y esperó. No tuvo que aguardar mucho tiempo. A poco, una sombra se deslizó a lo largo de la tapia, bajó al suelo, se enderezó sobre sus pies y empezó a andar; viniendo en dirección a este mismo pozo en que estamos sentados, cruzó por delante de él... Y el malvado judío, cuya alma ardía sin duda desde entonces en lo mas profundo de los infiernos, al verle pasar a su alcance, alzó la mano que sostenía el puñal, y abalanzándose sobre su víctima, cogida de improviso, se lo clavó en la espalda partiéndole el corazón. El joven caballero se agitó un instante, un instante no mas, y en seguida cayó pesadamente al suelo en este sitio.

Entonces el infame israelita, no satisfecho todavía, queriendo gozar de la sorpresa de su hija, cuyos pasos sintió cerca, volvió a su escondite. La joven judía se acercaba saltando como una cabrilla para ver a su amante, cuya señal había oído. En aquel momento la luna rompió las nubes que se oponían a su paso y vino a alumbrar aquella escena de desolación. La joven llegó al sitio de la cita, vió a su amante tendido en el suelo, reconoció el puñal de su padre y lo comprendió todo. Y lanzando un grito que resonó hasta en lo mas profundo del pecho del rencoroso judío, cayó al suelo abrazando el cuerpo, ya sin vida, de su amante. Lanzóse sobre ella su padre, pero retrocedió asombrado, con las pupilas dilatadas por el terror... Su hija se levantó por sí sola, con la vista estraviada, fija en un punto del espacio; bajó luego los ojos sin expresión y sin vida hacia el semblante desecado de su padre, y cantando una canción triste, muy triste, cuyas notas arrancaban lágrimas, se perdió entre las sombras del jardín y volvió a sus habitaciones. ¡Estaba loca!

Desde aquel día la existencia de la pobre niña transcurrió sin accidentes. Apenas cerraba la noche, bajaba al jardín sin que nadie la pudiese detener, llegaba a este pozo, y abrazándose convulsivamente a él la pasaba entera en llorar, llamando con dulces quejas a su amante y exhalando ayes lastimeros que partían el corazón de cuantos los escuchaban. Una noche, como siempre, la pobre loca se inclinó sobre el brocal del pozo; allí, en su fondo, temblando en las tranquilas aguas, alumbradas por la claridad de las estrellas, creyó distinguir la imagen del infeliz asesinado; parecióla que la llamaba, y en el gemido del viento entre las ramas de los árboles se le antojó escuchar la voz tan querida que otro tiempo sonaba alegre en sus oídos. Y fuera de sí, murmurando palabras incoherentes, riendo y llorando a la vez, por un rápido movimiento que no pudo evitar ninguno de sus servidores, se arrojó a aquel abismo donde creía ver la imagen del hombre que tanto había amado.

Cuando la sacaron del pozo, estaba muerta.

III.

Destruída la casa, quedó solamente el pozo, al cual ya todo el mundo llamaba Amargo porque sus aguas a las que se habían mezclado las lágrimas de la desgraciada judía, se tornaron amargas e imposibles de beber. Dentro de poco tal vez no exista éste y entonces se preguntaran las gentes por qué lleva este calle el nombre que tiene. Porque el pueblo ha ido perdiendo la memoria de tan tristes acontecimientos desde que dejaron de verse aquí todas las noches las sombras de los dos amantes que venían a este lugar a llorar sus desventuras espiando de esta manera un amor sacrilego que debían haber encerrado en su pecho. Quizá sea ya la única que no la he olvidado. Por eso he querido contársela a Vd. que, por lo visto, tiene predilección hacia este sitio; para que no se pierda a mi muerte el recuerdo del Pozo Amargo.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

París.

Hoy ya nadie se acuerda de la Morales, ni de Riaudel, ni del guardia de la Paz, Prevost; los crimenes a que van unidos esos nombres son asuntos viejos: en París un tema sólo tarda en envejecer veinticuatro horas. En vano los periódicos reaccionarios repiten sin cesar esos tres nombres en sus artículos de fondo, achacando a la república los ruidosos accidentes de estos días; Riaudel, el matador de la bella actriz del Palais-Royal, era hijo de una familia rica y devota, de la muy católica y conservadora ciudad de Rennes; Prevost, antiguo indviduo de los cien-guardias, pertenecía a esa raza de demagogos del orden que no creen ver en torno suyo mas que destructores de la sociedad. El celoso guardia de la Paz ha despedido a un joyero; esta manera de guardar la Paz es originalísima... pero no del todo nueva.

Tras los dos cadáveres de los amantes de la calle de Berry aparece una tercera figura que al completar el cuadro, hace de éste una creación de Balzac. Es la figura de un *épiciér* retirado, que al parecer, suplia los principales gastos de la joven actriz. Esta al morir escribía al viejo *épiciér* una carta pidiéndole dinero para pagar una mensualidad de carruaje; de modo que el último pensamiento de la codiciada artista ha sido para él. Riaudel había gastado en compañía de la Morales una fortuna de 150.000 francos heredada de su padre; esta suma se evaporó en ocho meses; habían viajado juntos por Italia y por el Tirolo a pequeñas jornadas; habían pasado una temporada en Niza, donde

la artista se curó de una afección al pecho que amenazaba su existencia; habían pasado su alegría trocando en torno del lago del Bosque de Bolonia; para gastar 150.000 francos de esta manera, no hace falta andar muy de prisa. Pero llega julio, mes de catástrofes para los amantes parisienses, y Riaudel confiesa a su amada que el vil metal se ha concluido, y que todos sus recursos se reducen ya únicamente a una pensión de 4.000 francos anuales que su madre le pasará en adelante.

Empiezan los buenos propósitos de trabajo y economía; la actriz vuelve al teatro y se ajusta en 12.000 francos por la temporada de invierno; con los 16.000 que reunen se proponen vivir modestamente... pero, ¡propósitos vanos! Paris devora a fáuces abiertas los billetes de Banco; mil y pico de francos al mes no bastan ni aun para las mas urgentes necesidades; el *épiciér* a lo Balzac se presenta en momento oportuno, la virtud de la nueva Coralia flaquea, y en medio de esta prosa, Luciano de Ruheimpres intenta lo que llaman las mujeres «razonables» hacer poesía.

Riaudel ha comprendido su situación; en el fondo de ese abismo solo se puede hacer ya versos con la boca de un revolver.

El acuerdo del Consejo general del Ródano, estableciendo un impuesto sobre los solteros para atender con sus productos al sostenimiento de los niños abandonados, dicese que va a ser imitado por otros departamentos de Francia. Puede suponerse el efecto que esta medida ha producido entre los célibes. Las señoritas de Lyon preparan sus galas de boda, y mirando victoriosas a los solteros, parece que les dicen: «¿O matrimonio ó impuesto!»

Algunos solteros recalcitrantes, se han reunido y han tomado el acuerdo de optar por el impuesto pecuniario, obediendo las resoluciones de dicho Consejo, antes que contribuir con esa especie de impuesto personal a que indirectamente quiere obligarseles. Es decir, se resignan a acatar la citada determinación, y han declarado que solo se casarán cuando queda aprobada la ley del divorcio.

Pero hay una clase social, comprendida en el impuesto, que no puede hallarse en situación mas crítica y difícil: son los clérigos. Roma les dice: «al que se case, lo excomulgo»; el Consejo del Ródano les dice por otro lado: «al que no se case le retengo la cuarta parte de sus haberes».

Hágase Vd. clérigo para encontrarse después en una situación tan comprometida.

Los directores de las empresas teatrales marcan *compás de espera*. Excepto el Chatelet, donde *La Venus negra*, de Belot, no ha tenido el éxito que se esperaba, los demás teatros nada nuevo de importancia han presentado todavía; pues ninguna importancia tienen *Un viaje a Suiza*, estrenada en Variétés, ni las piezas *La villa Blanquignon* y *Cancion de primavera*, representadas en el Vaudeville.

Pero se sabe que autores y empresas trabajan con empeño febril, con objeto de presentarnos grandes novedades. Sardon ha prometido leer, antes que acabe setiembre, la comedia que está terminando para el Teatro Francés; Julio Claretie acabará durante octubre su drama *Mirabeau*, que con gran lujo va a ponerse en escena en el teatro de las Naciones; Melhae y Halévy dan la última mano a una obra que aguarda con impaciencia la empresa del Vaudeville. Emilio Augier y Labiche escriben también una comedia en colaboración; pero estos dos autores tienen la costumbre de trabajar tranquila y sossegadamente, y jamás prometen obras a plazo fijo.

Labiche es hoy el autor a la moda. La publicación de sus obras por la casa Calmann Levy, su próxima elección para la Academia francesa, y la brillante reprise del *Viaje de Perrichon*, que no tardará en llegar a la centésima noche, este conjunto poderoso de acontecimientos favorables a un autor, ha sacado de pronto a la superficie un nombre que, en verdad, iba ya olvidándose.

Labiche viene a ser el Breton de los Herreros franceses; la *difícil facilidad* que brilla en sus comedias sólo tiene comparación con la de nuestro inolvidable autor dramático.

La relación de las dificultades con que han tropezado en su carrera los hombres que luego han llegado a la celebridad, es cosa que interesa siempre. La primera noche de la reprise del *Viaje de Perrichon*, relataba Labiche, en medio de un círculo de amigos, la lectura de su primera comedia al comité del teatro de Cluny. La empresa estaba constituida por doce sombreros que sostenían el teatro para dar animación a aquel solitario barrio de la orilla izquierda del río.

Labiche entró con su comedia debajo del brazo, se descubrió, tomó asiento y empezó su lectura temblando ante la presencia de aquellos buenos industriales que iban a ser sus jueces. Las primeras escenas arrancaban estallidos de hilaridad; a medida que la comedia avanzaba, el éxito era creciente. Poco antes de acabar el acto primero, uno de los miembros de la empresa, no sabiendo qué hacer de sus manos, cogió el sombrero de Labiche y empezó a examinarlo.

Terminadas sus observaciones, se lo dió al que tenía al lado, que lo examinó tambien con detención.

El sombrero fué pasando por las manos de los doce miembros de la empresa, mientras Labiche seguía leyendo con entusiasmo. Terminada la lectura, el autor se retiró a una habitación próxima a aguardar el fallo del comité. La ansiedad de Labiche no duró mas que breves segundos; un empleado salió a comunicarle que la obra había sido rechazada por unanimidad.

Bajó el pobre autor la escalera del teatro triste y silencioso. El portero al verle salir le dijo:

—¿Le han rechazado a Vd. la comedia?

—Sí, contestó Labiche. ¡Por unanimidad!

—¿Lo suponía exclamó el portero. Labiche le miró con asombro.

El portero continuó:

—¿A quién mas que a Vd. se le ocurre venir aquí a leer una obra con un sombrero comprado en la otra orilla del Sena?

ERNESTO GARCÍA LADÁVEGA.

Paris 19 de setiembre de 1878.

Imp. de El Liberal, a cargo de L. Polo, Alameda, 24.